



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12957

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 19 DE ENERO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Liberté, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Verdades sabidas

Las cualidades que, con tanta frecuencia en la presente época, surgen entre obreros y patrones, entre el capital y el trabajo, son en todas las naciones—y especialmente en las mas adelantadas—de muy difícil solución.

Su carácter esencialmente práctico, no admite remedios empíricos, y desle las sabias y evangélicas encíclicas del Papa, hasta las leyes que votan los parlamentos, todo esto resulta inútil para prevenir los conflictos.

Y si a esto se añade que en cuanto surge una cuestión, aún en su comienzo sencilla, se agitan los intereses materiales—primer interés de la vida,—se excita el espíritu de clase hasta convertirse en franca hostilidad y se desborda el amor propio, se comprende cuando aumenta la dificultad natural del remedio, y la situación embarazosa en que se encuentran los gobiernos, por buenos que sean sus propósitos y sus intenciones.

Desde luego, que solo la transacción entre ambas partes, el mutuo acuerdo entre los encontrados intereses, puede dar solución a tales cuestiones, pero en la tarea de llegar a esa pacífica conciliación, el gobierno solo tiene una misión que realizar, una función a su cargo, puramente intervencionista, y para llevarla a cabo carece de medios eficaces, lo cual hace su labor sumamente delicada, porque no puede hacer presión de ningún género, ni ejercer acción alguna coercitiva en tanto no llegen las consecuencias a relacionarse directamente con el orden público, o salirse en cualquier otro sentido de la esfera legal.

Las reclamaciones de abajo, aun

fundadas suelen ir acompañadas de exageraciones, la resistencia de arriba, demasiado intransigente también con frecuencia, se hace mas tenaz por efecto natural de la exageración a que nos referimos.

Y en este estado las cosas, la acción oficial sólo puede mediar con un carácter que podremos llamar con exactitud oficiosa, para conseguir que ambos elementos en lucha cedan recíprocamente, y marchando de buena fe hacia una solución prudente para todos, se encuentren en el punto en que se funde aquella.

Pero esta acción, que hemos llamado oficiosa, suele ser ineficaz muchas veces, suele fracasar, con mengua de la fuerza moral de un Gobierno, así es que el unico procedimiento, con positivo éxito empleado en varias naciones, singularmente en Francia, es el del Tribunal arbitral, cuya función, para ser fructuosa, ha de tener por base el respeto y la sumisión a las decisiones que acuerde.

Para que ese respeto y esa sumisión, sin cuya existencia tan poco el arbitraje daría resultado alguno, es indispensable que el capital, los patrones cedan de su egoísmo é intransigencia, en que incurren muchas veces; y que el elemento obrero, el trabajador, atente siempre a lo que le interesa y conviene, prescindiendo en absoluto de las prevenciones a que le impulsa el odio de clase, desatenuando influencias de agentes extraños muchas veces al trabajo.

Capital y trabajo se necesitan y se complementan; ni son enemigos, ni antagonicos siquiera. Son asociados, colaboradores en la obra de la producción y necesitan estar en armonía.

LANCES DEL JUEGO (1)

A una tresillista muy guapa

Como forma tu embelleo el tresillo y es tu edón, por imitarlo hasta en el juego al tresillo también.

Mas como son extremadas mis continuas distracciones, suelo hacer unas jugadas que parten los corazones.

Y para no dar tormento, cuando voy a una reunión, al tresillo tomo asiento, pero en clase de mirón.

Y, de otros en compañía, oigo á algunos jugadores frases que no las diría ni un cabo de gastadores.

Cierto es que son de cajón y se dicen sin sentir, pero el que está de mirón no las puede resistir.

Tú misma más de una vez, del tresillo en el calor, con la mayor candidez las dirás a lo mejor.

Pero si en otro lugar las hubieras escuchado, sin poderlo remediar te hubieras ruborizado.

Y para que veas lo exacto de mi dicho, pasaré á referirte en el acto lo que una vez presencié.

De tresillo en una mesa jugaban con loco afán una elegante marquesa, un duque y un capitán.

Y, mientras se divertían jugando admirablemente, entre los tres se enían la conversación siguiente.

Duque.—Usted habla, marquesa.

(1) Del libro MUESTRAS SIN VALOR, 2.ª edición aumentada, que aparecerá la semana próxima, precedido de un prólogo de José Navarrete.

La marquesa.—¿Juego bien?

Duque.—El capitán dirá.

Capitán.—Yo ya pagé.

Ella.—Déme usted una vuelta.

Duque.—Se la doy á usted.

Le salió el punto de oros.

Ella.—Pues al plato irá,

que el palo largo me lleva esa noche á maltraer.

Ray de copas.

Duque.—¡Fallo!

Ella.—Pues no lo esperé, siendo usted tan buen jugador. Rastos.

El.—¡Fallo otra vez!

Ella.—Caballo de copas.

Duque.—Que fallo también.

Ella.—Usted lo falla todo.

Duque.—Y lo que fallaré.

Ahora le pongo la mala.

Capitán.—¡Puesta de tres!

Ya no tiene usted escape,

marquesa ¡tiéndase usted!

Al escuchar frase tal compadecí á la marquesa,

mas como no dió señal de enojo ni de sorpresa,

Sali en busca de mi abrigo

y á escape tomé el portante,

pues no quise ser testigo

de atropello semejante.

Carlos Cano.

DESDE MADRID

Señor Director.

Muy señor mío: Las clásicas fiestas conmemorativas del natalicio del Hijo de Dios hicieron su acostumbrada ausencia de doce meses, y se apagaron ya los alegres ecos que en calles y hogares levantaron el sonar de los panderos, las notas de las bandurrias y el estruendo de los rabelos.

Murió el año viejo, agonizando entre incensales y villancicos, y nació el año niño con el solemne recibimiento que le hicimos engullendo la típica y tradicional docena de uvas.

Dicen que es esta la manera segura de hallar felicidades en el año naciente y quien no las compra á cambio del esfuerzo pequeño de tragar los doce granos de la dorada y jugosa fruta!

El día de Reyes ha dado ocasión á prosistas tórricos y poetas tristes para cantar, en

párrafos maliciosos y estrofas quejumbrosas, la amarga desigualdad social.

Era ciertamente doloroso y desconsoador el espectáculo que se repetía frente á muchas tiendas de juguetes.

Niños harapientos y desahucados, con la anémica retintin los en sus semblantes, y la tristeza asomada á sus ojos, miraban los alegres escaparates de juguetes con la resignación, con la desesperación mansa del vencido, como el que mira que aquello que tiene frente no es para él; así es lo inasecable, lo inconquistable, un frío seductor que nuestra mente viste con el ropaje de la realidad; algo que nos engaña, que nos incita á posarlo, para al alargar no oír la mano complacida en alejarse hasta donde no podamos alcanzarlo.

Y ahora que hablo del aspecto que ofrece Madrid estas fiestas pasadas, diré que en ellas he oído observar algo revelador de la mala condición humana, de los ferros de nuestros innatos instintos, de nuestra crueldad incorregible. Somos crueles por naturaleza.

Los espectáculos sangrientos y tristes nos atraen con fuerza incontrastable.

Allí donde escuchamos un grito de dolor ó de agonía vamos todos á recrearnos tal vez inconscientemente, en el diabólico festín del dolor ajeno.

Yo, que tengo la desgracia de ser muy aficionado á observar, me entristecía interiormente estas Pascuas pasadas al pensar en lo crueles de nuestros temperamentos, viendo á las señoras apretar con sus manos menuditas, onguetadas y perfumadas, las pochugas de las aves vivas, buscando una buena, cebada para ordenar su degüello.

El espectáculo respaldaba, de una lógica tan humana como doliente.

Yo sé que escribir hoy de estas cosas es un poco cursi, pero el recuerdo ha brotado de los puntos de mi pluma.

Blasco, el inolvidable, el indiscutible Blasco, escribió una crónica, en la que se entristecía ante el espectáculo de una enorme cazuela llena de pájaros fritos, y era una crónica llena de ternura, por cuyos párrafos aleteaba una poesía honda y un soplo de romanticismo.

No faltó quien criticó al maestro de soñador exagerado y misántropo sin lógica; pero yo recordé á Blasco y sentí toda la tristeza de su crónica ante aquellas señoras de manos chiquititas, perfumadas y labios enojados que solo podían imaginarse amores y oncesos, palpando apesadumbradas las

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 346

Ved, pues, ciudadano cabo, cual de esos papeles es el que pertenece á Juan Auger, natural de Fromenot, de profesión mercader ambulante, y ese es el mío.

Vosle hallareis mas facilmente que yo, porque no soy muy fuerte en materia de lectura.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 345

ridad, de fecha ya antigua, pero perfectamente en regla, expedida por la municipalidad de Versailles, á favor de German Bouscant, conocido por el Puerto de Jony, de edad de diez y ocho años ex aprendiz de la fábrica de telas estampadas de Jony, y en la actualidad jornalero.

Vasseur examinó el pasaporte con atención, le dió vueltas en todos sentidos y acabó por confrontar minuciosamente la filiación que contenía, con la persona del joven, que se presentaba tranquilo y sonriendo á todas las investigaciones.

—Está bien,—dijo por último el cabo con expresión de disgusto.

Llegó la vez al Guapo Francisco, y á Vasseur, enterado por Daniel de la circunstancia del triple pasaporte, esperaba que el supuesto babonero, se comprometiese por torpes negativas; pero no sucedió así.

Sin duda, el Guapo Francisco había previsto el caso, porque tomando un aire sencillo y candoroso, sacó del bolsillo la vieja cartora que ya conocemos y la entregó al gendarme diciendo:

—Ya he explicado por que me encuentro poseedor sin culpa mía, de los pasaportes de mis dos asociados.



XXVI I

Los aventureros por su parte exhibieron con asombro sus brazos y sus piernas levemente encardinalados, con lo cual acabaron de disipar las sospechas de los circunstantes.

Solo el cabo persistía en sus dudas.

—Es decir,—preguntó con voz severa,—que suponéis haber sido también maniatados, y negáis toda participación de los crímenes de esta noche?

Uno de los acusados manifestó su indignación: el